

cartas, lecciones elocuentes de una filosofía intuitiva, y en sus poesías, notas armoniosas de un alma inflamada por el amor divino, se tiene que reconocer el poder de la revelación por medio de los éxtasis y el genio, que como un nimbo de luz rodeaba aquel rostro marcado con la divina señal de los escogidos.

¡Cuánta sencillez y cuánta sublimidad al mismo tiempo, caracterizan las obras de la mujer y de la Santa! Si en su prosa castiza y elegante, hallamos conceptos como éstos: «Yo amé á mi Amado! Él nos da licencia para que pensemos que Él tiene necesidad de nosotras. En este verdadero Amador, esposo y bien mío, tornemos hijas á decir: mi Amado á mí, y yo á mi Amado. ¡Nos á mí, Señor! Pues si vos venis á mí, ¿en qué dudo que puedo mucho serviros?» Si en su prosa, repito, hallamos tan tiernos y elevados conceptos, ¿qué diremos de versos como los siguientes?

«Aquesta divina unión,
Del amor con que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazón:
Mas causa en mí tal pasión
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.»

«¡Ay! qué larga es esta vida;
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel, estos hierros
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.»

¿Puede darse mayor prueba del fuego celestial que animaba el corazón de aquella mujer, que vivía sin vivir en ella, y esperaba tan alta vida que moriría porque no moría?

Tal vez para estos tiempos en que se tienen otros ideales, como dice el distinguido literato Sr. Valera, se tache á la sabia doctora de fanática, y aun de exagerada en los asuntos sobre que están escritas sus mejores obras; pero precisamente si no se le comprende, si no se le estima, y si no se le admira, es porque habiendo otros ideales que no son ni Dios, ni la virtud, únicos amores dignos del sublime ascetismo de Santa Teresa, se está muy lejos de llegar adonde ella se remontó en alas de la creación.

Si la pluma puede apenas bosquejar á la mujer escritora, tiene que detenerse con respetuoso temor, donde acaba ésta y comienza la mujer santa. En ese límite de lo material con lo abstracto, el pensamiento plega las alas, se recoge en sí mismo, y absorto en las contemplaciones del misterio, sólo puede lamentar su pequeñez.

La poesía XI de Santa Teresa es, á no dudarlo, la más sublime expresión del amor místico de un alma consagrada al servicio de Dios; es tan bella que no podemos resistir á la tentación de copiarla, para dar fin á estos renglones:

«Si el amor que me tenéis,
Dios mío, es como el que os tengo,
Decidme, ¿en qué me detengo;
O vos ¿en qué os deteneis?
—Alma, ¿qué quieres de mí?
—Dios mío, no más que verte.
—¿Y qué temes más de tí?
—Lo que más temo es perderte.
Un amor que ocupe os pido,

Dios mío, mi alma os tenga
Para hacer un dulce nido
Adonde más le convenga.
Una alma en Dios escondida
¿Qué tiene que desear,
Sino amar y más amar,
Y en amor toda encendida
Tornarte de nuevo á amar?»

Para hacer las debidas apreciaciones de esa mujer convertida en himno para cantar á Dios, era preciso sentir y amar como ella. Conformémonos con recordarla llenos de admiración, colocando estos humildísimos conceptos á los pies de la egregia mujer, gloria de España y lumbrera de la religión y de las letras.

México, Octubre de 1885.

ANTONIO DE P. MORENO.

SANTA TERESA DE JESÚS.

COMO águila caudal el genio de Santa Teresa se cierne por las nubes. Sólo cuando se leen sus admirables cartas se puede sentir la elevación de su estilo, y comprender á la vez el abismo que separa de los siglos de antes al siglo de ahora.

Entonces el alma, penetrada de su verdadero fin, gustaba de internarse en las regiones serenas de la mística; miraba el mundo desde un punto de vista que lo presenta en su verdadero aspecto: como transitorio camino de otra vida mejor. Que si tuvieron aquellos tiempos sus grandes turbulencias, fueron como las tempestades del mar: por espantosas que sean, sólo agitan la superficie, dejando inalterable la majestuosa tranquilidad de las capas inferiores.

Ahora el hombre ha conmovido al mundo en sus más sólidos cimientos; ha revuelto el océano de la vida desde sus más profundos sonos para lograr la posesión del imperio del tiempo, relegando al olvido la eternidad. Corre desalado y afanoso en pos de lo que fué despreciado en otras edades, mil veces más dichosas, pues supieron seguir la verdadera senda de la felicidad humana.

Como el niño que en brazos de un ángel sube hacia el empíreo, arrebatado en rauda vuelo, el alma se eleva, llevada por el espíritu de Santa Teresa, hasta los augustos lugares en donde reina Dios. Desde esa altura mira con lástima á los pigmeos de la razón humana, que han enseñado al mundo con Rousseau que sólo hay un tirano: el pueblo; ó con Bismarck, que el tirano es un hombre.

¡Ya pasaron los tiempos en que se decía: Felipe II, por la gracia de Dios Rey de España y de las Indias!

Nosotros, los que sacudimos indignados el yugo tiránico que uno ó muchos hombres pretenden imponernos; los que no reconocemos por árbitros de la humanidad ni á un monarca ni á un pueblo, sino al Autor y Regulador de la sociedad, debemos rendir homenaje de admiración á todos los que haciendo ver la miserabilidad del hombre, desarrollan los sentimientos de amor y reconocimiento á Dios. El día en que el gusto por la literatura mística logre recobrar su perdida influencia, el mundo habrá vuelto á entrar en sus verdaderos quicios, y quedará conjurada la tremenda crisis que atraviesa.

Entre los más distinguidos ascéticos descuella, á no dudarlo, Santa Teresa de Jesús, la virgen de Ávila, la insigne Doctora de la Iglesia, gloria de España, ejemplo del mundo y honra de Dios.

México, 1885.

OCTAVIO ELIZALDE.

SANTA Y SABIA.

EL nombre de Teresa de Jesús es una historia. Las páginas de esa historia son la historia de sus grandezas y de las glorias que alcanzó en el mundo con su ciencia, comprobada en sus luminosos escritos, ciñéndose la corona inmarcesible de la virtud que le acompaña perdurablemente en los cielos, según lo ha declarado la Iglesia al inscribirla en el catálogo de los santos. Conmemorar á Santa Teresa de Jesús es conmemorar la grandeza de su gloria sempiterna, ante la cual desaparece toda grandeza de la tierra.

México, 1885.

AGUSTÍN F. MARTÍNEZ.

SANTA TERESA DE JESÚS.

Voy á dar á conocer en estas líneas ninguna de las muchas virtudes que adornaron á la mujer eminente que, en el siglo XVI, conquistó un puesto elevadísimo entre los clásicos; no haré el panegírico de la monja ejemplar que, un siglo después, fué colocada por la Santidad de Gregorio XV en los altares de la Iglesia para que la humanidad depositase en las plantas de aquella mujer santa los augustos homenajes de la oración y del culto. Inútil me parece dar algunos rasgos biográficos del sér privilegiado cuyo talento y cuyo corazón le llevaron á la altura del genio y de la virtud, haciendo que su nombre fuera un timbre más de gloria y un nuevo motivo de legítimo orgullo para la madre España.

¿Quién no conoce las valiosas prendas de Santa Teresa de Jesús? ¿Quién no ha hojeado á menudo los libros, escritos por autores respetables, que nos dan á conocer la vida, toda actividad, toda celo religioso, de la santa que hoy nos ocupa?

Pocos, muy pocos habrá de los que pertenecen al mundo ilustrado de las letras ó á la esfera de la generalidad, que no hayan recreado su espíritu con la lectura de las obras de Santa Teresa de Jesús; que no se hayan dejado llevar por el estilo sublime de la grande escritora, hasta el animado fuego de un entusiasmo inmenso, producido por un buen gusto literario en presencia de las obras clásicas.

¿Quién no ha seguido admirado el prodigioso vuelo de la robusta inspiración